

Reseñas

Jaime Litvak King, *Todas las piedras tienen 2000 años. Una introducción a la arqueología*, Ed. Trillas, México, 1986.

De pronto, se sintió poseído de un hondo amor hacia la humanidad y hacia todas las cosas, levantó los ojos con ternura a las filas de nítidos tubos de ensayo y musitó la oración del hombre de ciencia: "Dios mío, dame una mirada limpia y líbrame de todo apresuramiento. Dame firmeza contra la vanidad, contra toda labor huera e imperfecta. Dame, Dios mío, la inquietud que aleje de mí el sueño y me impida escuchar la alabanza hasta que compruebe plenamente que los resultados de mi labor son exactos o hasta que, lleno de santo gozo, descubra mi error y cambie de ruta. ¡Dios mío! ¡Dame la fortaleza necesaria para no confiar en tí!"

Sinclair Lewis, *El Doctor Arrowsmith*, p. 1098.

1

El libro que nos ofrece Jaime Litvak es un apasionado alegato en favor de la arqueología, de su objeto, fines y método, de su génesis e importancia, así como del papel fundamental que juega cuando se la relaciona con otras ciencias, cercanas o lejanas, y cuyo continuo contraste y alimentación la acercan cada vez más al privilegiado mundo de las ciencias "duras" (como las llama el autor), frente a su alejamiento también paulatino del universo especulativo y metafísico de las ciencias sociales.

Incluye el libro, además, una serie de consejos prácticos que tienden a apoyar el trabajo concreto del arqueólogo y que van desde la necesidad de una adecuada y profunda preparación en muy diversos campos del conocimiento humano, hasta el cuidado de los hábitos de la vida cotidiana de este profesional.

Llamar apasionado a este alegato no se refiere sólo al calor y al entusiasmo con que está escrito, sino también a la solidez e ilustración con que está construido.

Cierto que hay reiteración en algunas ideas, e incluso quizás algunas trivialidades, pero en general se comprende que el esfuerzo está bien documentado, sistematizado y principalmente, experimentado. Habla un participante directo para quien, en su trabajo, no sólo ejerce la mejor profesión del mundo, sino que también posee la mejor afición. Es de esta forma que el autor aborda su trabajo, a partir de algunas reflexiones, tanto generales como específicas, sobre su materia.

II

Antes que nada, la génesis y la definición. La historia de la arqueología es antigua, pero el proceso de transformación que ha venido desarrollando para convertirse en ciencia no ha terminado. Existe una interesante correlación entre el desarrollo de esta disciplina y el mundo, no sólo económico y social que son fundamentales, sino también del mundo de las ideas y de la religión.

El desarrollo del capitalismo europeo, plenamente consolidado ya durante el siglo XIX, es un factor fundamental en este crecimiento: "En Levante, la arqueología estuvo ligada a la expansión económica de Europa desde antes del siglo XIX" (p. 18). Asimismo, esta paulatina consolidación de una manera de ver, el mundo

físico, aparentemente más racional, choca inevitablemente con los preceptos religiosos, lo cual, paradójicamente, va a servir a la arqueología para la búsqueda material tendiente a la corroboración de lo sagrado que la religión realiza.

La definición del campo de estudio de la arqueología no es, tampoco, un axioma que se imponga universalmente a los estudiosos de esta materia. Esto requiere de algunas precisiones, y Litvak las propone:

La arqueología es el estudio de la cultura de los grupos humanos, sus procesos de cambio a través del tiempo, su relación con el medio ambiente en que viven y con otros grupos, vecinos o lejanos, contemporáneos o no, inclusive con el mismo grupo en épocas distintas (p. 32).

De esto deriva otra definición, también importante: la de cultura.

El conjunto de las características de la humanidad que no pueden, directamente, derivarse de su biología. Esto incluye, entre otros rasgos, sus creencias, organización social, ritos, objetos que crea y usa, costumbres y, en general, una gran parte de lo que constituye su forma de vida (p. 32).

Las dimensiones fundamentales que estudia la arqueología son tiempo, espacio, taxonomía y asociación. Uno de los conceptos principales en el que se articulan estas dimensiones es el de *cambio*, dadas las características diacrónicas de esta disciplina y su acción en escalas de tiempo de muy

larga duración. Más concretamente, y ante la inevitabilidad del trabajo con materiales, el autor señala que, como investigación científica, la estructura general del trabajo arqueológico busca la definición de un *tipo*, “debidamente identificado, en los contextos en que aparece, en su situación temporal y en su distribución geográfica” (p. 50), y que son “descritos exhaustivamente” (p. 108).

Las características del trabajo arqueológico dependerán, aun cuando existen algunos principios generales que norman este trabajo, del tipo de investigación concreta que se desee realizar.

Así, por ejemplo, cuando se encuentran sobre la superficie los elementos fundamentales para desarrollar la investigación, se puede utilizar la “arqueología de superficie”:

Quando el suelo está revuelto afloran restos identificables de épocas anteriores y, con ellos, el arqueólogo puede, sin haber puesto una pala a trabajar, darse cuenta del lapso en que su sitio estuvo vivo y de la gama de materiales que va a estudiar (p. 71).

La arqueología *de superficie* posibilita la regionalización como posibilidad de análisis, e incluye la utilización de técnicas relativamente nuevas para la investigación, como el estudio del patrón de asentamiento de cualquier lugar.

La otra posibilidad para llevar a cabo el trabajo arqueológico consiste en *la excavación*, una de cuyas posibilidades técnicas es la llamada “contemporaneidad estratigráfica”, la cual se

puede aplicar por el método de la estratigrafía “natural” o, derivada de este concepto, por la estratigrafía “cultural”. La arqueología por excavación se realiza por capas, de las cuales se consideran algunos modelos como son: la capa natural y la capa métrica.

Entre estas dos posibilidades técnicas para realizar el trabajo arqueológico (de superficie y por excavación), se encuentra un tipo de excavación que tiene más bien un sentido horizontal que hacia abajo. Se mueve en la superficie.

Sin embargo, no todo, y muchas veces ni siquiera la parte principal del trabajo arqueológico, se realiza en el campo. El arqueólogo es un ser en quien se deben conjuntar múltiples ramas del conocimiento universal: física, química, antropología, historia, estadística, lenguas, etcétera, requisitos necesarios para que el trabajo de gabinete, previo y posterior al trabajo de campo, se realice con éxito. Por ejemplo, para el proceso de fechamiento (por estilo, por posición estratigráfica, por medición de la hidratación, por dendrocronología, por carbono 14 o radiocarbono, etc.) el arqueólogo requiere utilizar elementos de la química y de las matemáticas. Esta etapa, pesada y quizás tediosa incluso, es inevitable:

El trabajo del arqueólogo en el gabinete puede dividirse en cuatro partes: la clasificatoria, la de verificación y análisis, la de reconstrucción de la cultura en cada parte y en cada época del sitio, y la de la utilización de los modelos que obtiene. Cada paso debe ser comprobado y sus resultados tienen que ser estadística-

mente significativos. El resultado es un producto científicamente válido, que lo autoriza a explorar el proceso general de la cultura en el lugar que estudió y compararlo con otros (p. 113).

Los enfoques, pasando a otra cosa, con que se ha abordado la arqueología son muy variados: se ha concebido *como historia* y más específicamente, como una forma de historia cultural, una de cuyas "contribuciones más notables ha sido el desarrollo de una metodología que combina de manera fructífera la investigación histórica y el trabajo del arqueólogo" (p. 130); la *arqueología ambiental*, la cual enfatiza tres principales dimensiones: *a)* la dependencia de una cultura respecto del medio ambiente en que vive es inversa a su desarrollo tecnológico; *b)* la correlación que existe entre áreas culturales y regiones naturales; y *c)* que la relación entre medio ambiente y cultura no tiene una sola dirección; las *arqueologías sociales* son otro enfoque, que destaca la acción de variables tales como la tecnología, la organización social y la economía, y que utiliza ampliamente categorías y conceptos tales como revolución, excedente social, cambio poblacional, cacicazgo, etcétera.

Esto como una generalidad que abarca este campo de estudio genéricamente, y de manera independiente de particularidades locales o nacionales. Esta es otra discusión interesante.

La arqueología mexicana, sin técnicas desarrolladas, sin costumbre de trabajo eficiente y a gran escala, no pudo ni siquiera concebir el cambio de su función que, de investigación, pasó a ser de

guardián patrimonial. Se vio derrotada en el desempeño de una labor que había dejado de depender de los investigadores mismos, y su interés se volcó hacia el mantenimiento de zonas para el turismo.

Litvak, *Todas*, p. 150.

III

Quisiéramos terminar esta reseña del libro de Litvak con algunos comentarios en torno a tres problemas principales: la utilización política de la arqueología, la relación entre arqueología e historia, y finalmente, el carácter científico de la arqueología.

Cuando el autor se refiere a la utilidad de la arqueología, habla no únicamente de su papel como dadora de cultura y conservadora del patrimonio cultural de un país, sino del manejo que se le da como impulso y apoyo a factores que tienden a la obtención de la legitimidad basada en el compartimiento de un pasado común:

Para toda la población del país determinó una forma de ver y sentir la antigüedad que, transmitida por el sistema escolar desde la primaria, le dio a México una de las bases para la creación de su nacionalidad, el pasado indígena (p. 148).

Así como los criollos utilizaron alguna vez la necesidad de recuperar este pasado grandioso con miras a generar las condiciones que posibilitaran y legitimaran el rompimiento con la metrópoli, y sentar posteriormente las bases para la constitución de un auténtico Estado nacional, así la arqueología y la historia se hermanan

para retener y legitimar el orden que es producto de este desarrollo.

La necesidad de monumentalidad y preciosismo (que tanto daño le hicieron, incluso, a muchas de las zonas recuperadas) no son precisamente gratuitos. Su conversión en un "enorme salón de clase", como señala el autor, apuntan en este sentido: "Los monumentos para ser estudiados como ejemplos de grandeza, se reconstruyeron al máximo posible, al grado de convertirse en grandes maquetas a escala natural" (p. 148).

Esto nos da la pauta para abordar otro de los problemas que aquí querríamos tratar: el de la relación de la arqueología con la historia. Señalar que las diferencias entre estas áreas "se originan en sus diferentes objetos de estudio: documentos para la historia y objetos materiales para la arqueología" (p. 55), y por ende, sus requerimientos de métodos distintos; señalar que la historia se ocupa de lo individual, y que la arqueología pretende universalizar (término, por otra parte poco claro en este contexto: ¿universalizar qué?); que la arqueología examina una escala mayor que la historia (¿quién fija los límites entre una y otra?); que los grados de subjetividad son mayores en esta última que en aquélla, etc., son, me parece, una forma bastante superficial de abordar esta relación (no muestra una familiaridad siquiera cercana con los problemas de la teoría y la filosofía de la historia) o, en el mejor de los casos, de crear un pseudoproblema.

¿Por qué la necesidad de destacar esta relación en esta forma casi maniquea entre dos disciplinas que son casi

hermanas? Aventuraría la idea de que, para el autor, mientras más se aleje y distinga la arqueología de la historia, mayores posibilidades tendrá de ser clasificada como una ciencia seria (o "dura"), en tanto se acerca más a los métodos y técnicas de las ciencias naturales que a las de los ideólogos del pasado.

Esto permite abordar el tercer problema que quería tratar: el de la cientificidad de la arqueología. Da la impresión de que, para Litvak, mientras más cuantificante y mensurable sea el trabajo del arqueólogo, más se acercará al mundo del verdadero conocimiento científico.

Esta concepción no deja de parecer producto de un positivismo bastante incipiente, el cual ya ni los mismos científicos naturales profesan (y si no, véase todo el trabajo de la Escuela de Ginebra, sobre psico y sociogénesis para el estudio del desarrollo del conocimiento científico, en donde el factor historia deviene fundamental). No podemos dejar de recordar las palabras de Marc Bloch, cita ineludible en cualquier reflexión sobre ciencia e historia:

Así, para lo sucesivo, estamos mucho mejor dispuestos a admitir que un conocimiento puede pretender el nombre de científico aunque no se confiese capaz de realizar demostraciones euclidianas o de leyes inmutables de repetición. Hoy aceptamos mucho más fácilmente hacer de la certidumbre y del universalismo una cuestión de grados.¹

¹ Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 19 (Breviarios, 64).

Sé que esto no resuelve el problema de la cientificidad de la historia, pero al menos propone una mayor apertura en nuestra evaluación de las distintas disciplinas que componen eso que Bloch llamaba el “movimiento universal hacia el conocimiento”. Comenzar este ensayo con una cita de *El doctor Arrowsmith* de Sinclair Lewis no es, en absoluto, gratuito. Uno de los observadores más agudos de la vida norteamericana, no puede menos que perforar todas las ideas acartonadas y dogmáticas que sobre el hombre de ciencia (sí, ese ser “al que todos los hombres agradables y bondadosos tienen necesariamente que odiar”) nos solemos fijar. Después de todo, en términos del mismo Litvak, el arqueólogo es un personaje que también se tiene que preocupar por el pago de la colegiatura de sus hijos, de su renta y del cobro de su sueldo.

Javier Mac Gregor Campuzano

UAM-I

Steve J. Stern (comp.), *Resistance, rebellion and consciousness in the andean peasant world, 18th. to 20th. centuries*, University of Wisconsin Press, Madison, 1987. Friedrich Katz (comp.), *Riot, rebellion and revolution rural social conflict in Mexico*, Princeton University Press, Princeton, 1988.

Un “fantasma” recorre la historia social de América Latina, ese “fantasma” es el intento de repensar el papel del campesinado en la conformación de esta

región. Dicho esfuerzo queda plenamente plasmado en estas dos obras colectivas sobre el área andina y México, las cuales, no obstante tener diferencias cronológicas en cuanto al lapso cubierto, presentan grandes similitudes en las tesis y tipos de problemas que abordan.

La tesis general de la cual parten ambas obras es que el campesinado ha jugado un papel activo más que pasivo en la historia de estas regiones, consecuentemente, lo que se trata de averiguar son las formas específicas de esta participación. En uno y otro caso, tenemos a un campesinado que a lo largo de su sinuosa trayectoria, ha ido desde la “resistencia estratégica” al dominio externo, pasando por la revuelta local y/o regional hasta llegar a la participación en grandes movimientos que cuestionan el orden establecido y que, si bien “fracasan” (rebelión de Tupac Amaru en el siglo XVIII) o “triumfan” (México en 1810-1820 y 1910-1920), en el ir y venir, han impuesto y arrancado concesiones más allá de lo que la historiografía tradicional había considerado; en uno y otro caso, también, estas nuevas investigaciones, siguiendo la línea trazada por Barrington Moore, Jr. y Eric Wolf, demuestran que las luchas campesinas, lejos de ser “bárbaras” y “aisladas”, presentan una sofisticación en donde las alianzas/enfrentamientos con otros sectores sociales estuvieron a la orden del día. En suma, que el campesinado de estas áreas ha hecho política y lejos está de haber sido un simple barro en manos del “orfebre externo”.

Pero el campesinado andino y me-